

DENTRO

MALPASOYCIÁ

Esmeralda Berbel (Badalona, 1961). Su debut literario se inicia con el libro de relatos *El hombre que pagaba noches enteras*, seguido de *Alismas*, *Así es el juego*, además de entrevistas, diarios y correspondencias como *A veces la vida*. También ha publicado los poemarios *Fumar en la bañera* junto con la poeta Rut Muñoz y *Habitarlo todo*; el diario personal *Irse* y las novelas *Detrás y delante de los puentes* y *Lo prohibido*. Ha recibido diversos premios, entre ellos el Femenino Lumen, Montserrat Roig, Ana María Matute y Cuentos del sur en Buenos Aires. En la actualidad, es profesora de Creación Literaria en la Escuela de Escritura del Ateneu Barcelonès, en la Barcelona School of Creativity, en la Barcelona FX Film School y en la librería La Buena Vida de Madrid.

ESMERALDA BERBEL

DENTRO

PRÓLOGO DE ANNA CABALLÉ

MALPASOYCIÀ

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

Dentro

© Esmeralda Berbel, 2024

© Malpaso Holdings S. L., 2024

Diputació, 327, principal 1.^a

08009 Barcelona

www.malpasoycia.com

ISBN: 978-84-19154-96-5

Depósito legal: B-6582-2024

Primera edición: 2024

Impresión: Romanyà Valls

Imagen de cubierta: Ezequiel Cafaro

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

*A mi madre,
que me ha mantenido dentro
durante toda nuestra vida*

MALPASOY CIA

MALPASOYCIÁ

PRÓLOGO

En 1900, justo en el quicio del cambio de siglo, Miguel de Unamuno publicó un artículo en forma de carta abierta titulado «¡Adentro!». El artículo causó un impacto considerable, y en él su autor defendía lo que sería una de las constantes temáticas de su obra: la importancia que hay que concederle al existir concreto, frente a cualquier universal. Porque el ser humano se caracteriza, frente a otras realidades, por su necesidad de hacerse a sí mismo, de forjarse una personalidad, y esta, dirá Unamuno, solo puede construirse desde el interior, atendiendo al ser de uno mismo y dándole a ese ser todo el espacio posible. Han pasado casi 125 años, y Esmeralda Berbel, consumada diarista, recoge el espíritu unamuniano con un libro que sin duda hubiera interesado al escritor vasco. Lo recoge, es de suponer, sin ser consciente de ello, simplemente porque este libro está en perfecta sintonía con el autor de *Del sentimiento trágico de la vida*, pero también en sintonía con una corriente literaria sutil e intimista que en las últimas décadas ha experimentado una eclosión en España, debido a las anteriores carencias sufridas por nuestra cultura en relación a la vivencia de la subjetividad. Esmeralda Berbel no ha dejado de explorar en esta dirección desde sus comienzos como escritora (pienso en un maravilloso libro, *Interiores*; en su segunda edición se tituló *A veces la vida*, que pasó injustamente desapercibido). Ahora publica *Dentro*, es decir, ni fuera, ni adelante, ni atrás, ni arriba, ni abajo. Dentro. Para Unamuno, el concepto, el hecho de prestar atención a lo que se lleva en el interior de uno mismo tenía una trascendencia religiosa, porque era dentro también donde se podía mantener la comunicación con Dios. Ha llovido mucho desde entonces, la idea de Dios se ha ido retirando de nuestras vidas y ha habido

que invertir una cantidad ingente de energía para llenar el vacío de Dios buscando nuevos sentidos a la existencia humana. En eso estamos.

Con *Dentro*, Esmeralda Berbel publica la tercera entrega diarística de una búsqueda muy personal que se inició con *Irse*, publicado en 2016, y continuó con *Lo prohibido*, publicado en 2022.

Aquí la autora no se va porque tenga que irse, ni explora los atractivos y las dificultades de una sexualidad a la que cualquiera debe enfrentarse tras una separación conyugal. Es decir, no hay imperativos que condicionen de algún modo el inmediato futuro de la existencia, sino un profundo deseo de replegarse para saber quién se es y prestar atención a la verticalidad interna, por decirlo con una expresión de Sloterdijk, y dónde pueden hallarse las fuentes de energía que se necesitan para vivir, para seguir en la corriente fluida de la vida.

Para una escritora no hay otra forma que la escritura. No basta con sentir, pensar, sufrir, recordar, observar: Esmeralda Berbel necesita escribirlo. Y sus lectores tenemos la oportunidad de asomarnos a las irisaciones que la vida de la autora va adquiriendo con el paso del tiempo, modulando un ser dúctil, abierto y cerrado, solitario y solidario, un ser que vive hacia delante, hacia su hija, pero que se entiende mirando hacia atrás, hacia su madre. Y, con todo ello, Esmeralda Berbel ha escrito un libro precioso. No te lées, mamá, que has llegado hasta aquí sin perder un solo pétalo, le dice su hija Greta en cierta ocasión. Pues eso, no te lées, Esmeralda, y sigue floreciendo.

ANNA CABALLÉ

Escritora y crítica literaria

MALPASOYCIÁ

MALPASOYCIÁ

Dentro. adv. Parte interior de un espacio real o imaginario.

MALPASOYCIÁ

MALPASOYCIÁ

Dentro algo muy pequeño, un sonido cerca del ojo, la mano atrás donde las líneas, la espera del animal oculto, dentro, con el aro cercado, más herido el lóbulo, un brillo pequeño y constante, crecer en un esternón más alto, la célula y lo globular ocre. Las dos sílabas un mapa. La voz, el nuevo idioma. Después, salir. La asfixia del filván del margen de la orilla, no entres ahí donde mueren los peces. La boca naranja tan breve, las canicas y la ilusión de la imagen, dentro algo tan pequeño, una canica, un pez, un relieve. La revuelta del ojo, la mano que escribe, el animal y su creencia, el oro y el vaivén del agua. Ven, escribe acerca de esto, de la célula que me has otorgado y el nuevo idioma. Dentro.

MALPASOYCIÁ

MALPASOYCIÁ

MALPASOYCIÁ

2018

MALPASOYCIÁ

MALPASOYCIÁ

18 de junio

Frente a mí un cielo azul, un verano. Me llama Ana, dice: qué éxito, todo el mundo leyendo *Irse*, ¿cómo estás?

El mundo está afuera, Ana. Yo estoy aquí sola terminando de pasar a limpio, a mano, unas notas, rompiendo viejas libretas, colocando lo nuevo en otra estantería. Mientras escribo a mano recuerdo cuánta vida llevo tomando notas, aprendiendo oficios.

Me ordeno el día: recoge lo que ya no sirve de la mesa, despeja todo para empezar, continúa con el cuento que has dejado a medias, lava los jerséis, escribe, escribe y te vas a dar clases.

Me ordeno sin utilizar el opuesto. Escribo para no olvidarme de que escribir me convoca, me reta. Me gustan los retos.

Este es el mundo del que me ocupo, dentro.

¿Es irrelevante escribir? No lo sé, pero deseo con todas mis fuerzas que no lo sea, que ningún arte lo sea.

Ayer vi el conmovedor documental *El centro cede* sobre la gran escritora californiana Joan Didion, escrito y dirigido por su sobrino Griffin Dune. Me impresionó su delgadez extrema, el brutal giro que da su vida, su encorvamiento en la mesa. Durante un tiempo, dice, dejé de escribir porque me parecía irrelevante. Luego vuelve, retoma con fuerza la escritura, analiza la vida y la escribe para que así la vida le dé menos miedo. Cuando se enfrenta a la muerte de su marido y de su hija, Didion escribe como única forma de seguir. Veo a Obama otorgándole la medalla nacional de las artes, en 2013, veo la mirada

de Obama en ella, en sus manos, en sus ojos. Ella yéndose y la mirada en ella hasta el último instante. No es irrelevante, ningún arte de verdad lo es.

Cuando hacía pocas semanas que me había separado, mi amigo Ulises me dejó el libro *El año del pensamiento mágico*, de Didion, léelo. No pude. Ayer, después del documental, se lo volví a pedir.

Gracias, Uli.

20 de junio

Leo con la catedral al fondo. Las campanas. Leo: la vida cambia deprisa. La vida cambia en un instante. Te sientas a cenar y la vida que conocías se acaba.

Leo durante todo el día. Por la noche acabo el libro. Un dolor antiguo. Las manos de Didion buscando dentro de sí, todo dentro de sí hasta encontrar un lugar que ocupe la pérdida. No lo hay. En el vacío, hay otro centro, y en ese centro, dice el poeta Juarroz, hay otra fiesta. Dónde entrar las manos, los pies, la mujer que escribe. Dónde augurar esa otra fiesta. Tal vez haya una forma que yo aún no conozco, pero me entrego a ella como una de las formas de entrar en este otro centro: escribir.

Dejo el libro que más tarde recogerá Ulises y sigo pensando en esa apuesta de ser otra aun siendo la misma.

Queda el rastro de lo escrito, el atrás de todos los días. Es lejos el tacto. Puedes escribirlo, pintarlo, filmarlo, volverlo a mirar y perderlo al mismo tiempo que lo creas.

Esparzo mis libretas por el suelo, abro, leo: la espera ha sido una de las grandes actividades de mi vida.

Penélope, dice Itziar.

Tantos caminos en el cuerpo.

Otro día

Me escribe un bello y extenso correo uno de mis mejores profesores de universidad, Jordi Gracia. Ha leído *Irse*, dice: no nos han pasado las mismas cosas, pero el sentimiento es el mismo.

Me llaman para que asista a un club de lectura. Voy, me impresiona ver a tanta gente con mi libro en la mano.

Antes de ir, hago una lectura rápida para recordar qué he dicho, qué he escrito. Y es la primera vez que tengo un efecto extraño. El efecto de algo que he creado y que ahora no me importa si me ha sucedido o no. Pero sé que, si no me hubiera sucedido, no lo hubiera escrito nunca, y no hablo de la historia, sino de las palabras. Si las palabras no me hubieran sucedido. Me recuerdo porque me leo, solo por eso. Hubiera olvidado muchas cosas si no las hubiera escrito, es cierto, de la misma forma que olvido los relatos de ficción. Leo y descubro otra vez la historia.

21 de junio

Siempre esa línea tan frágil entre la escritura y la vida. ¿Soy yo la mujer del libro? ¿Puedo realmente construirme solo con palabras?

Madrid, junio

Me presentan la actriz Marta Belaustegui y la escritora Ara de Haro. Dos mujeres a las que admiro. Sale el tema del *voyeur*. Alguien del público dice que mirar mi intimidad le incomoda. ¿En qué novela, relato o poema el lector no es un *voyeur*? Preguntan hasta dónde el diario es real, cuánto he ocultado, podado, si hago terapia escribiendo algo así. Marta responde que lo que no digo está entre líneas. Se expone, lo defiende. Yo estoy en silencio. Ara se exalta, responde que la terapia corresponde a la vida, no a la literatura. El chico del público

contesta que el libro es mi vida. Yo sigo en silencio mientras Ara vuelve a responder: ella es una escritora y lo que hace es escribir, no hace terapia.

A la pregunta típica y continua de si hago terapia al escribir respondo cada vez una cosa distinta. A la ocultación respondo siempre lo mismo: lo que no quiero escribir no lo escribo porque lo que no quiero escribir no lo puedo escribir. Es así. Es corporal.

Entre el público hay un hombre que me hace un par de preguntas distintas, me sorprende. Al acabar voy hacia él, le pregunto si es periodista. No, se ríe, se presenta: Pepe Verdes. Es el director de *Librotea*. Quedamos en vernos en Barcelona.

Salgo a tomar algo con las presentadoras y un chico del público que se ha unido. Ara y Marta se apasionan hablando de arte, de Isabel Santos, pintora recluida, surrealista, maravillosa, denostada. Yo hablo con el chico, ha comprado cinco libros, para regalar, dice. Se disculpa por la pregunta de si hago terapia, dice: parece que he metido la pata. Es una pregunta natural, no te preocupes.

Me despido de Madrid. De este aire que lleva en sí todos los recuerdos de un amor, y el aire corre como los visillos y la niebla.

28 de junio

Llueve.

Una lluvia muy fina, y recuerdo otra, con Greta muy pequeña. Las puertas de madera de nuestra casa no cerraban bien y llovía mucho y yo iba rápida y soplando, por toda la casa, esta casa tan grande, poniendo toallas en el suelo, y ella con sus pequeñas y ágiles manos me ayudaba. Cuando acabamos dijo: qué día, eh, mamá. La llamo con este recuerdo. No está. Luego está muy ocupada.

8 de julio

Respiro y nado. Salgo de casa sin hablar con nadie y vuelvo sin haber hablado con nadie. Las ventanas abiertas. Domingo. Los sonidos de las gaviotas. Alguna voz lejana. Entro en casa sin saber si hay alguien. Las habitaciones cerradas. Huelo a café.

Las voces atrás, abajo, afuera.

El día es mío. Como yo ahora.

Voy a dejar que pase lento, sin nadie. Si hoy viniera o llegara alguien me gustaría que fuera mi madre. Esta madre de ahora, que sale, va a otro barrio, me llama, lee mis libros. Mi madre, tan valiente.

26 de julio

Salgo del cine y en la fila de los que van a entrar veo a alguien que me mira insistentemente. Me acerco. Me reconoce. Lo reconozco. Tanto tiempo deseando encontrármelo. Tanto tiempo deseando saber qué le pasó a Ángela, por qué todo. Le saludo, le pido el teléfono. Antes de despedirme, me dice: me gustaría que tuvieras sus últimos diarios.

Yo no sé si quiero. Los diarios de mi prima Ángela. No lo sé.

Julio

Nos encontramos en un bar. Pide un cóctel. Es muy pronto para beber. Se ríe. Me enseña fotos de mi prima. Fotos de cuando tenía veinticinco años. Me enseña las fotos de la boda, miro los guantes blancos de rejilla, su vestido, preciosa, toda de blanco, feliz.

No fui invitada a la boda. No me perdonó nunca lo que dije: ¡que no se case con ese! Yo era muy joven, podía decir cualquier cosa. Me entrega un diario pequeño. Dice que los otros puede traérmelos otro día. Le pregunto si alguna vez